

Caminos para compartir carisma y misión en la educación

Antonio Botana, FSC*

COMPARTIR CARISMA Y MISIÓN

Hace poco más de 20 años comenzábamos a utilizar en la Iglesia, y más concretamente en el mundo de las congregaciones religiosas dedicadas a la educación, la expresión «*misión compartida*». Hoy, sin embargo, hemos ampliado la expresión en el título de esta reflexión: «*compartir carisma y misión*». ¿Se trata sólo de una precisión lingüística, o hay aquí un nuevo significado que puede señalarnos también nuevos caminos en este «compartir» entre religiosos y laicos en el mundo de la educación?

Cuando hablamos de «misión compartida» sucede frecuentemente que la realidad a que nos referimos es simplemente una tarea compartida, aunque esa tarea sea la educación, o incluso la educación cristiana. Y es más frecuente aún que el compartir se limite al interior de las paredes de una escuela, sin que resulte alcanzada la comunidad religiosa, o sin que la responsabilidad de los que comparten la misión se sienta aludida por las llamadas que proceden de la misión más allá de esa obra educativa.

* Responsable del Centro CELAS, de Formación Permanente de educadores La Salle, Madrid. Conferencia dada por el autor a los Delegados de Educación de las Congregaciones Religiosas, en Roma, el 29 de mayo de 2008.

Al introducir este factor, el carisma, estamos haciendo una opción decisiva que marcará profundamente el modo y el alcance de la misión compartida a que nos referimos. Misión y carisma se iluminan mutuamente y nos señalan el horizonte hacia el cual debemos dirigirnos en la «misión compartida»:

- Si compartimos el carisma ponemos la misión en el contexto de la comunión, o más exactamente, en el misterio de comunión que define la esencia misma de la Iglesia, y entramos en una dinámica de comunión que alcanza a todos los que participan en la misión. Si compartimos el carisma entramos en la espiritualidad que descubre el sentido de la misión educativa y participamos también en el ministerio eclesial al que se refiere el carisma.
- La misión que compartimos desde el carisma es la misión de la Iglesia, la única misión que existe en la Iglesia y que todos los miembros de la Iglesia comparten. Es la obra de la evangelización en toda su amplitud, que mira a liberar y salvar a la persona humana considerada en todas sus facetas.
- El carisma que compartimos para el servicio de la misión es el don del Espíritu. Éste es el auténtico protagonista de la misión de la Iglesia (EN 75, RM 21) y Él mismo es el Don que ha sido dado a la Iglesia para su misión. Al mismo tiempo es el Ser libre por excelencia, es como el viento: sopla donde quiere, no se detiene ante las fronteras de la Iglesia institucional, sino que las empuja para que la Iglesia se alargue hacia la amplitud del Reino de Dios.

LAS RESPUESTAS ESTÁN EN EL CAMINO

Cuando hablamos de misión compartida en el mundo de la educación, enseguida surgen interrogantes:

- ¿Cómo transmitir el carisma, la espiritualidad... y cómo hacerlo a quiénes no están interesados en la dimensión espiritual de la persona?

- ¿Cómo compartir con educadores que no son cristianos?
- ¿Qué papel tienen los religiosos cuando se ha traspasado la responsabilidad de la gestión de la obra a los laicos?
- ¿Qué procesos de formación se necesitan?

Las respuestas a las preguntas concretas pueden ser muy variadas y hay que buscarlas en la experiencia. Necesitamos poner en común nuestras experiencias para iluminarnos mutuamente, sabiendo que las experiencias no se pueden copiar, porque las circunstancias son diferentes, pero sí pueden iluminar. Sin embargo, las respuestas a las preguntas concretas no valen nada cuando no están situadas en el camino. Y sabemos también que cuando se anda el camino, en él se encuentran las respuestas.

Necesitamos identificar los caminos válidos, los que conducen a horizontes de futuro, no los que se cierran sobre sí mismos, no los que sirven sólo para solucionar el problema del momento, no los que proporcionan «pan para hoy y hambre para mañana». Y tampoco pensemos en atajos si queremos soluciones duraderas, porque se trata del cambio interior de las personas, de adquisición de nuevas actitudes, incluso de nueva identidad, y todo eso exige tiempo y constancia.

Muchos de los caminos de misión compartida elegidos por nuestras congregaciones en los últimos años han sido caminos fáciles, caminos cortos, por eso han sido también de resultados cortos. No han tenido en cuenta que la misión compartida auténtica incluye el compartir el carisma. En este tipo de caminos es donde se inscriben preguntas como ésta: «¿Y qué pasa con los educadores de la segunda generación, los que ya no han conocido en la escuela a los religiosos/as?» Ésta es la señal de que lo que se ha hecho ha sido «traspasar» o «entregar», o tal vez incluso «transmitir», pero no se ha entrado realmente en el «compartir». Se traspasa una escuela, se transmiten unas ideas, una

historia, unos sentimientos. Pero un espíritu sólo se puede compartir. El espíritu a que nos referimos, el carisma, sólo el Espíritu (la Persona divina) puede concederlo. A nosotros nos toca compartirlo, porque este carisma se vive en la comunión y no existe al margen de la comunión.

Si nuestras obras educativas, mientras estaban animadas por nuestras respectivas congregaciones, han podido mantener un espíritu, es porque estaban integradas en una red de relaciones en la que se compartía este espíritu. Cuando una obra educativa, o más exactamente sus educadores dejan de pertenecer a esa red de relaciones que comparte el espíritu, también el espíritu desaparece, aunque esta generación que ha estado en contacto con la «red» sea capaz de mantener una serie de reflejos, un estilo, unos criterios, unas motivaciones... Todo ello se esfuma rápidamente sin la sangre o espíritu que procede de la red carismática. A esta red de relaciones que comparten el mismo carisma lo llamamos hoy «Familia carismática», o mejor aún, «Familia evangélica».

Por ello, la «misión compartida» que no llega a crear *familia* es una misión frustrada. Esa «segunda generación» de educadores que entra en una escuela y no encuentra la familia que asegura el espíritu o la sangre carismática de esa escuela, es una generación que asiste al cierre de la escuela, al menos en cuanto «escuela portadora de un carisma».

Tendremos, pues, que preguntarnos por los caminos que estamos siguiendo: de dónde vienen y a dónde conducen, de qué presupuestos partimos y hacia qué horizonte nos dirigimos. Los caminos contienen las opciones que, consciente o inconscientemente, hemos hecho, y señalan las metas a las que, en principio, podemos llegar. Lo que sí es evidente es que no podemos aspirar a unas metas que no estén contempladas por los caminos que hemos elegido.

LAS OPCIONES QUE FUNDAMENTAN NUESTROS CAMINOS

El lenguaje empleado en los documentos institucionales de nuestras Congregaciones, tanto en los grandes (Regla, Capítulo General...) como en los pequeños (circulars internas a la obra educativa...), suele poner de manifiesto las opciones que fundamentan los caminos por los que desarrollamos la misión compartida. Y la evolución de lenguaje en las últimas décadas, desde los propios documentos eclesiales, refleja la eclosión de fronteras, del mundo encorsetado y clasificado en que hemos vivido en el interior protegido de la Iglesia, al nuevo mundo, todavía naciente, de la Iglesia-comunión, de misión única y compartida, y servidora del Reino.

Compartir la misión

En lo que respecta a la misión, hemos pasado, ya en el momento del Concilio Vaticano II, de «las misiones» en la Iglesia y de la misión acaparada por la jerarquía y la vida religiosa, a la única misión de la Iglesia, en la que participan todos sus miembros, cada uno con su carisma, y de la cual todos son corresponsables. Y esta «misión única» se ha enriquecido con el concepto «misión compartida», en la que los carismas diversos se armonizan hasta formar una orquesta de carismas al servicio de la única misión.

Dentro del concepto «misión compartida» ha habido varias amplificaciones:

- *La obra educativa.* La versión más reducida es la que limita la misión compartida a la participación de tareas dentro de la obra educativa. Y la caricatura de esta versión es la que reduce la misión compartida a la «entrega de llaves» y de funciones a causa del envejecimiento o desaparición del personal religioso de la escuela.
- *La misión del Instituto.* La versión más frecuente es la de «compartir la misión del Instituto», donde se da por supuesto que los laicos vienen básicamente a colaborar en esta misión que «es del Instituto», y por

tanto, es de los religiosos/as. Los laicos sustituyen a los religiosos en ciertas tareas y funciones, pero **los religiosos** se reservan aquellas que parecen más pastorales, más evangelizadoras... El Instituto, **los religiosos/as**, son los garantes de la misión, y por tanto **los últimos** responsables de los fines perseguidos en la obra educativa. Se ceden responsabilidades a **los laicos**, siempre en dependencia de **los religiosos**, y se les asocia «con el Instituto» a aquellos que quieren participar en «el espíritu del Instituto»...

- *La misión de la Iglesia.* La misión que se comparte es la de la Iglesia, la única misión, en la que tanto los religiosos como **los cristianos laicos** son llamados a colaborar juntos, al mismo nivel, sin precedencias de unos sobre otros. Cada uno aporta su propio carisma personal, su modo de vivir la vida cristiana.
- *La misión del Reino de Dios.* Finalmente, la misión de la Iglesia rompe las fronteras de ésta y se convierte en la misión del Reino de Dios, en la que participan y son invitados a participar todos los creyentes de otras religiones, todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Son muchos los valores y los objetivos en los que se puede coincidir, entre unos y otros, respecto de la realización de la persona y de la sociedad.

Compartir el carisma

En lo que se refiere a «compartir el carisma», la evolución del lenguaje ha sido más tímida y reticente, aparte de que este término sea de muy reciente adquisición en el lenguaje de la vida religiosa. Uno de los elementos que dificultan la evolución es la excesiva identificación que se hace entre el carisma fundacional y el proyecto de vida religiosa propiamente dicho:

- *Cierta espiritualidad.* En un primer momento se habla de compartir con los laicos algunos aspectos de la espiritualidad **del Instituto**, qui-

zá aquellos que podrían ayudar al mejor cumplimiento de las tareas de la misión. Y se aportan aspectos anecdóticos o ejemplares de la vida **del Fundador/a**.

- *El espíritu del Instituto*. Luego se habla de que los laicos vienen a participar en «el espíritu del Instituto». Aunque no se sepa exactamente qué significa esto, tiene, sin duda, un carácter más global que el anterior. Pero el Instituto continúa ocupando el centro: los laicos vienen a nosotros, no nosotros a ellos. «Nosotros» continuamos en nuestro puesto y nuestra vida no resulta especialmente afectada por su llegada, pero algunos de nosotros acompañan a los laicos en la adquisición del espíritu del Instituto.

A este nivel los laicos descubren ya que el Fundador o Fundadora del Instituto es también su Fundador/a, porque les muestra un modo especial de ver la vida y de vivir la misión. Y es esta experiencia la que nos empuja al paso siguiente.

- *Carismas de la Iglesia*. El salto más decisivo en la evolución se produce cuando comenzamos a asumir que el carisma del Instituto, o más ampliamente, los carismas fundacionales pertenecen a la Iglesia. El paso es difícil: tiene que separarse el concepto «carisma fundacional» del concepto «proyecto de vida religiosa» (o si se quiere, «carisma de vida religiosa»). Y esto mismo no siempre está claro, pues la forma jurídica o canónica en que se ha concretado ese proyecto no siempre refleja fielmente la intuición **del Fundador/a**, debido a la intransigencia o la incomprensión de la jerarquía o de los canonistas). Entonces se empieza a reconocer el carisma fundacional como un «camino para vivir el evangelio», o «modo global de vivir el Bautismo», que se puede concretar en diferentes formas de vida cristiana.

Es en este nivel cuando realmente empezamos a hablar de «compartir el carisma». Descubrimos el carisma fundacional como *lugar de encuentro* de religiosos y laicos, como convocatoria para vivir la

comunidad para la misión desde diferentes identidades cristianas. Así es como comienza el nuevo modelo de «Familia carismática» acorde con la Iglesia-comunidad, entendida como «comunidad de comunidades».

- *Carismas para el Reino.* El paso anterior tiene aún otra ampliación cuando comprendemos que, si el Espíritu no se queda encerrado en las fronteras institucionales de la Iglesia, tampoco sus carismas. Los carismas fundacionales aspiran a servir a todo el Reino de Dios. Son, efectivamente, «caminos de Evangelio», y el Evangelio se expande también en las «*semina Verbi*» o «semillas de la Palabra» (*Ad gentes* 11.2; 15.1) que están presentes en todas las culturas y religiones, y conecta con muchas expresiones humanas y religiosas más allá de la Iglesia Católica y de las Iglesias cristianas.

Desde esta experiencia las Familias carismáticas comienzan su apertura para incluir a personas de otras religiones (incluidas las no-cristianas) que se reconocen convocadas en ese mismo carisma que ellas identifican con **el Fundador/a**, y porque es para ellas un camino para vivir más a fondo su propia religión y su compromiso con la humanidad.

Compartir la vida

La comunión real entre religiosos y laicos ha estado muy mediatizada por el concepto de «estados de vida», vigente en la Iglesia hasta el Concilio Vaticano II y prolongado hasta hoy por la fuerza de la inercia. Los «estados de vida» en la Iglesia han estado perfectamente delimitados, separados y jerarquizados. La eclesiología de comunión ha introducido en la Iglesia una dinámica que cambia radicalmente la relación entre los así llamados «estados de vida», en el sentido señalado por el siguiente texto de *Christifideles laici*, un texto que bien pudiéramos calificar de *antológico*:

«En la Iglesia-Comunión los estados de vida están de tal modo relacionados entre sí que están ordenados el uno al otro. Ciertamente es común –mejor dicho, único– su profundo significado: el de ser modalidad según la cual se vive la igual dignidad cristiana y la universal vocación a la santidad en la perfección del amor. Son modalidades a la vez diversas y complementarias, de modo que cada una de ellas tiene su original e inconfundible fisonomía, y al mismo tiempo cada una de ellas está en relación con las otras y a su servicio» (ChL 55.3).

En este contexto de comunión se produce el cambio de lenguaje, para hacerlo más acorde con la realidad, de los «estados de vida» a las «formas estables de vida». Lo que se quiere señalar es que la vida es lo fundamental, y la «forma estable» lleva consigo una estabilidad relativa. Y justamente eso que es fundamental, la vida, la vida cristiana que viene de la fuente común, el Bautismo, aspira a entrar en comunión y ser compartida.

Los carismas fundacionales llaman a la comunión de las diversas formas estables de vida cristiana, para servir juntas a la misión eclesial. Las nuevas Familias carismáticas o evangélicas favorecen esta comunión para la misión. Dentro de la Familia evangélica las «formas estables de vida» ya no se ordenan en estratos separados y jerarquizados como era el caso de las antiguas órdenes (primera, segunda y tercera). Sus miembros están animados por el mismo carisma y sirven a la misma misión, y desde esa base común se integran en «proyectos de vida y misión», donde cada miembro enriquece el conjunto desde sus propios carismas particulares, desde su propio proyecto existencial. La fuerza de la Familia carismática no proviene de una institución dominante que arrastra a las demás como sucedía en épocas pasadas, sino de la comunión entre las diversas instituciones y grupos, la comunión puesta al servicio de la misma misión y enriquecida ésta por los carismas particulares de cada grupo.

COMPARTIR LA MISION EN UNA RED DE CAMINOS

Para desarrollar el proceso que conocemos con este nombre, *Misión compartida*, podrá ser útil considerarlo con esta imagen: red de caminos. No un camino único, y no sólo tramos de camino que vienen uno después de otro, sino una red de caminos, algunos pequeños y estrechos, sólo aptos para caminar individualmente y poner en relación pequeños grupos; otros amplios como autopistas, para comunicar ciudades.

El punto de partida es múltiple, porque se trata de la realidad de cada educador que colabora en nuestras obras educativas: laicos, religiosos, sacerdotes; pero también cada una de las obras respecto del conjunto. Hay que encontrar a cada educador y a cada grupo de educadores en la situación en que está: interesado por el bien de los alumnos o sólo por su propio sueldo, creyente o increyente, de nuestra religión o de otra... Ése es su punto de partida para comenzar a participar en el carisma y la misión.

El punto de llegada es el desarrollo de la Familia carismática que sostiene la misión, la continuación del relato colectivo de nuestro carisma en la Iglesia, y, en definitiva, garantizar el mejor servicio posible a la misión desde la comunión de todos los implicados.

La estrategia debe tener en cuenta tres planos complementarios que podemos representar abreviadamente de esta forma: *pensar globalmente, actuar localmente, acompañar personalmente*.

- **Pensar globalmente**, para evitar el quedar prendidos por la urgencia de lo inmediato y la dificultad de cada situación concreta.

«Pensar globalmente» significa en este caso que tengamos en cuenta el desarrollo del relato colectivo que nuestro carisma fundacional está guiando en la Iglesia y al cual hay que dar continuidad con un nuevo capítulo que integra actores muy diversos.

Se trata de situar la obra educativa en una red capaz de sostenerla y orientarla. Esa red era, anteriormente, el Instituto religioso. Hoy hay que promover la red de **educadores laicos y religiosos** animados por el mismo carisma y comprometidos corresponsablemente para garantizar, juntos, la continuidad del carisma en las obras educativas.

Para dar forma a esta red desarrollamos la Familia carismática en la cual los educadores encuentran vida y se integran en comunión.

- **Actuar localmente**, porque es en cada lugar concreto, aquí y ahora, donde el compartir se hace efectivo.

Todo comienza con una relación cercana, entre religiosos y laicos, de persona a persona, y de comunidad que acoge a las personas y comparte su experiencia de vida. Y en ese ambiente fraterno se integra la reflexión compartida sobre el desarrollo de los procesos personales.

Al lado de la relación cercana, y sin reemplazarla, va una formación acomodada a los diversos niveles, que toma como punto de referencia la experiencia de los destinatarios, el itinerario evangélico de los fundadores y la nueva eclesiología de comunión.

Y juntamente con la relación y la formación ha de facilitarse la participación en experiencias de comunión (de los laicos entre sí, de laicos con religiosos) y en las responsabilidades de la misión.

Una estrategia para compartir la misión en el plano local, será el desarrollar un modelo de gestión participativa que, al tiempo que educa a las personas en la corresponsabilidad, asegure también las competencias que son específicas de los órganos directivos.

- **Acompañar personalmente**, porque cada persona debe hacer su camino, y hay que encontrarla y acogerla allí donde está, en su situación y actitud.

Ahí comienza un itinerario que ha de conducir a la persona a descubrir y profundizar su vocación de educador, a sintonizar con el carisma institucional y, tal vez, a participar en él; a experimentar los lazos de comunión con quienes participan en la misma misión y en el mismo carisma, en el mismo relato.

Ahora ya, con el marco que nos proporcionan estos tres niveles, demos un vistazo a la red de caminos que desarrolla el proceso de la misión compartida, pero comenzando por el nivel más inmediato, allí donde las personas se ponen en camino.

El itinerario vocacional de cada educador

El carisma en la educación comienza a compartirse cuando se ayuda a los educadores a recorrer el itinerario que les lleva a vivir la vocación de educador. El itinerario comienza con el paso de «profesor» a «educador». El buen profesor concilia estas dos facetas: la de trabajador o asalariado (preocupado por su propio bienestar y el de su familia), y la de profesional (preocupado por cumplir bien su función, por dar calidad a su enseñanza). La faceta o dimensión de educador comienza cuando el profesor se preocupa, ante todo, de escuchar, entender y dar respuesta al alumno, a cada alumno. Éste es el itinerario vocacional del educador.

A lo largo de su itinerario el educador descubre un sentido más profundo al trabajo educativo, a la tarea pastoral. Desarrolla primeramente la dimensión vocacional y comunitaria de su identidad; si la fe está presente en la persona el itinerario conduce a vivir la educación como lugar de encuentro con Dios; finalmente llega a *vivir la educación como ministerio* desde un compromiso estable.

El acompañamiento durante el itinerario vocacional del educador tiene como objetivo dar la orientación carismática a todo el proceso. El carisma fundacional en la educación desarrolla un estilo, una sensibilidad especial

ante determinadas necesidades, unas preferencias al seleccionar los destinatarios, unos criterios y opciones para el planteamiento de las respuestas y una manera de valorar la misión.

Y el carisma proporciona también una espiritualidad, porque revela el sentido y la profundidad humana de la tarea educativa, y descubre ésta como un lugar privilegiado de encuentro del educador con Dios.

Un proceso de comunión para la misión.

La misión compartida se desarrolla en cada lugar, en cada obra educativa, en cada grupo de educadores, como un *proceso de comunión para la misión*. Es un proceso lento, y consiste en una continua creación de *lazos* entre las personas, y de las personas con la misión.

Los lazos han de promover, ante todo, la valoración mutua, la solidaridad y la corresponsabilidad; ésta es la actitud que da una base más sólida y firme a la misión compartida. Cuando estos lazos existen podemos hablar de *comunidad educativa*.

Luego (o al mismo tiempo) vendrán los lazos que desarrollan la comunión en la fe, imprescindibles para realizar un proyecto de evangelización. La meta es la creación de la *comunidad de fe*. Hay que encontrar a cada persona en su propia situación, ya sea de lejanía, de acercamiento o de profundización en la fe, desde una aceptación total y respeto a sus opciones, pero ofreciéndole al mismo tiempo nuevas perspectivas y puntos de referencia que le permitan proponerse otros umbrales en el camino de la fe. Esos lazos pueden promoverse desde relaciones informales a través del diálogo, o con estructuras más formalizadas como encuentros de reflexión, programas de formación, convocatorias de oración y celebración...

Finalmente vienen los lazos que podríamos llamar *ministeriales*, que se establecen a medida que el educador creyente contempla su implicación

en la misión a la luz de la fe; entonces descubre la misión como «lugar teológico», en el que Dios se le revela y lo llama a través de las urgencias del Reino, de las necesidades humanas a las que atiende... Estos lazos reúnen a los educadores en torno a la obra de Dios, estimulan el compromiso mutuo y la experiencia de compartir el ministerio; conducen a la formación de la *comunidad ministerial* que se hace responsable de dar vida a la obra educativa desde el carisma fundacional.

Los lazos que se van formando en este proceso tienen una doble virtualidad: motivan respecto de la misión, y aproximan a las personas haciéndolas solidarias en la misión. A través del proceso se proporciona a los laicos aquello que normalmente los religiosos han podido adquirir anteriormente: *motivaciones y formación*. La formación se orienta primeramente a hacer consciente al educador de lo que lleva ya dentro de sí, pone palabras a su experiencia; le ayuda a descubrir y comprender una historia de salvación de la que él es destinatario y también mediador para sus alumnos; le introduce en el relato colectivo que este carisma está escribiendo en la Iglesia desde hace tiempo y le permite sentirse actor de un nuevo capítulo del mismo relato.

Pero es necesario subrayar un factor que determina decisivamente la diferencia en el resultado de este proceso de comunión para la misión: que los religiosos/as estén plenamente en el interior del proceso, a todos los efectos, y que la formación que se prodiga sea conjunta; religiosos/as y laicos/as se encuentran y tienen la experiencia de descubrir y compartir sus personas, su experiencia, su fe, desde sus respectivas identidades.

Una nueva dinámica de Provincia y de Familia carismática

Compartir hoy el carisma y la misión con los laicos en la educación, ya no puede quedarse reducido al ámbito local sino que aspira a desarrollar una nueva forma de comunión eclesial que incluya a todos los participantes en el carisma y en la misión en cualquier sitio que estén y en las diversas formas de vida cristiana e, incluso, de otras religiones.

Evidentemente, la vida interna de los religiosos y religiosas dedicados a la educación ha de quedar profundamente afectada, y tienen que situarse en este nuevo ecosistema eclesial de un modo muy diferente al tradicional, no sólo en las relaciones inmediatas con los laicos que comparten la misión en la obra concreta, sino también en el modo de constituir las relaciones a nivel provincial e institucional. Los religiosos/as aceptan que ni poseen en propiedad el carisma ni son los únicos responsables de la misión, y al mismo tiempo tienen un papel propio, profético, que deben cumplir dentro del conjunto, y liderar la iniciativa de impulsar el movimiento de compartir carisma y misión.

La misión compartida pone en marcha una nueva entidad territorial correspondiente a la provincia, delegación, distrito, o como llamemos a las agrupaciones de comunidades de nuestras respectivas congregaciones. En esta nueva agrupación se incluyen las comunidades de religiosos, de laicos, y también las de religiosos y laicos juntos que ya comienzan a surgir, motivadas siempre por un mejor servicio a la misión.

Desde el concepto de *comunidad ministerial*, al que nos hemos referido en el anterior nivel, podemos comprender el sentido de estas nuevas agrupaciones territoriales así como el más universal de *Familia evangélica o carismática*. Tanto en un caso como en otro se trata de *la comunión de comunidades unidas por un mismo carisma y responsables ante la Iglesia de la misma misión*. Estamos lejos, pues, de pensar en una familia de lazos simplemente afectivos o piadosos. El motivo de esta Familia (universal o territorial) y de los que la integran es la misión que tienen encomendada desde la fidelidad creativa que deben al carisma fundacional.

Y con esta motivación surgen nuevas estructuras (consejos y asambleas con representación de religiosos y laicos en igualdad de derechos en cuanto a voz y voto), distintas de las que servían para el funcionamiento de la «provincia religiosa», mediante las cuales se intenta realizar las funciones que se espera de esta agrupación carismática de comunidades:

- Discernir juntos las necesidades de la misión y la mejor forma de dar respuesta.
- Fomentar la relación humana y, desde ella, la comunión entre las comunidades y entre los miembros de las comunidades.
- Organizar la formación en el carisma institucional para que llegue a todos sus miembros.
- Promover la elaboración corresponsable de los proyectos y la actuación subsidiaria entre todos los que comparten la misión. Proceder a la evaluación de las obras educativas ya existentes, para asegurar que respondan a las necesidades de la misión y a los requerimientos del carisma.
- Estimular entre sus miembros el sentimiento de pertenencia a la Provincia y a la Familia carismática, a la historia viva originada por el carisma.

Es muy probable que para llegar a este nuevo modo de relación y de comunión carismática entre religiosos y laicos sea necesario acometer cambios en nuestras constituciones, reglamentos o directorios, y posiblemente haya estructuras jurídicas que deban ser transformadas. No sofiquemos ni retrasemos la nueva vida que está queriendo brotar, por un malentendido respeto a unos instrumentos cuya finalidad es favorecer la vida desde el carisma, no bloquearla.